

LA SOCIEDAD SUSTENTABLE: UNA FILOSOFIA POLITICA PARA EL NUEVO MILENIO.

Víctor M. Toledo* Instituto de Ecología, UNAM, México

vtoledo@oikos.unam.mx

El tiempo transcurre como lo hace el río silencioso frente a la mirada de los hombres. Han pasado más de dos décadas desde que el filósofo alemán Rudolph Bahro se atreviese a afirmar que “los ecologistas serán al siglo XX, lo que los comunistas fueron al siglo XIX”; doce años desde que Octavio Paz señalara que “...tal vez la conciencia ecológica -el redescubrimiento de nuestra fraternidad con el universo- podría ser el punto de partida de una nueva filosofía política”; y apenas unos años desde que Michelangelo Bovero, politólogo italiano, reclamara la construcción de una nueva plataforma teórica alternativa al marxismo. Hoy, en el amanecer del nuevo milenio, si algún “fantasma recorre el mundo”, este es el de las nuevas propuestas y los nuevos movimientos sociales que surgen, por todos los rincones del planeta y en todos los ámbitos de la sociedad humana, alrededor del nuevo paradigma de la sociedad sustentable. Todo ello mientras la “derecha” ofrece como única solución a los cada vez más preocupantes problemas del mundo contemporáneo la única receta que conoce (mas mercado y nuevas tecnologías), y en tanto la “izquierda” embelesada todavía con visiones cuyas raíces se remontan al siglo antepasado, se conforma con atenuar los impactos sociales y ambientales que desencadena la expansión, esta vez ya sobre escala global, de la sociedad industrial y sus formidables aparatos tecno-económicos. Como una contribución al debate sobre las alternativas sociales, políticas y civilizatorias que hoy existen en el mundo contemporáneo, el presente capítulo lleva a cabo una breve revisión de las principales tesis que animan esta nueva corriente del pensamiento y de la acción, y que por lo común se identifica bajo el término de desarrollo sustentable o sostenible o simplemente de sustentabilidad.

La globalización: la singularidad del mundo moderno.

La vieja y largamente soñada utopía de los visionarios y futurólogos de la antigüedad, es hoy, al inicio del siglo, una realidad incontrovertible. A consecuencia de la expansión del modelo civilizatorio industrial y sus impresionantes aparatos tecnológicos, el planeta ha sido convertido, por vez primera, en un espacio geográfico reducido a una escala apropiada a las actividades humanas (tiempos, ciclos, percepciones), un fenómeno que ha sido posible gracias a cuatro factores: el vertiginoso desarrollo del transporte, la expansión de las comunicaciones, el ensachamiento de las transacciones económicas, y, por supuesto, el crecimiento de la población humana. Cuando en Diciembre de 1986, el Voyager logró dar la vuelta al mundo en solo nueve días sin necesidad de cargar combustible, no solo estaba batiendo una nueva marca de la navegación aérea, estaba consolidando varias décadas de un desarrollo tecnológico que hoy permite estar en cualquier punto del orbe en menos de 22 horas!. Esta reducción de las distancias del planeta a través de la velocidad de los transportadores no solo permite el movimiento de los miembros de la sociedad, también ha facilitado el transporte de materiales (materias primas, manufacturas, productos industriales) y de energéticos (como el petróleo) mediante los diversos sistemas de transporte terrestre y marino. Por su parte las telecomunicaciones permiten un registro próximo a lo instantáneo de los eventos que tienen lugar en cualquier punto del planeta, en tanto que los sistemas satelitales hacen posible explorar y escudriñar casi cualquier espacio de la Tierra por muy distante o pequeño que sea. La globalización de lo humano, es decir, la aprehensión y socialización del espacio planetario, es pues ya un proceso en plena consolidación que obliga a re-pensarlo todo: política, economía, cultura, diplomacia, educación, estilos de vida. La imagen de la Tierra captada desde el espacio que nos da por vez primera una percepción directa, no mediada por la interpretación cartográfica, del conglomerado de nuestra especie y su hábitat planetario, y que hoy aparece lo mismo en los anuncios comerciales que en la portada de un libro o como logotipo de una camiseta, es el anuncio premonitorio del nacimiento de una nueva era.

Y esa imagen del globo azul-plateado flotando en el oscuro fondo del universo es también el símbolo que certifica el re-encuentro con nuestra condición original. Por vez primera nuestros ojos logran mirar desde fuera y desde lejos ese diminuto punto azul, otorgándonos con ello una nueva percepción, simiente de una nueva conciencia y de una nueva amenaza. Y esta globalización de lo humano que debe festinarse como logro del desarrollo social, y en particular de la civilización industrial, ha terminado por desencadenar innumerables procesos sin precedentes en la historia y, por supuesto, nuevas mega-contradicciones de carácter inédito. Los siguientes apartados describen las principales tesis que permean el pensamiento del desarrollo sustentable, y que representan reacciones ideológicas al panorama antes descrito.

La crisis de la civilización industrial

Vista sin anestesia, es decir en perspectiva histórica, la época actual aparece como la fase crucial de una civilización cuestionada. Por civilización entendemos una manera particular de concebir el mundo, de ensamblar a los seres humanos y de articular a estos con la naturaleza. Las civilizaciones son "interminables continuidades históricas...las más largas de las largas historias" nos recuerda F. Braudel (1991). Como habremos de mostrar, la insostenibilidad de la civilización industrial, tecnocrática, materialista, capitalista y eurogénica, se pone en evidencia no solo por el paulatino incremento (no la reducción) tanto de la pobreza material de los países del Tercer Mundo, como por la miseria espiritual de los habitantes de sus propios enclaves. A las contradicciones e injusticias sociales se debe agregar un conflicto supremo cualitativamente superior, entre la sociedad humana y la naturaleza que, como veremos, pone en entredicho la permanencia del modelo civilizador que hoy domina el mundo contemporáneo. La sociedad industrial es pues una civilización que padece una doble crisis: social y ecológica. En esta perspectiva, el dilema convencional entre capitalismo y socialismo que a pesar de las reconfiguraciones de la última década aun permea buena parte de los debates y concepciones políticas contemporáneas, se vuelve una controversia ficticia.

Las dos opciones socio-políticas del mundo moderno son ya, bajo esta nueva visión, las dos versiones de una misma configuración civilizatoria, las dos propuestas de Occidente.

El conflicto supremo: sociedad y naturaleza

El producto más relevante de la sociedad industrial vuelta modernidad es el reposicionamiento de la naturaleza respecto de la sociedad y de la sociedad respecto de la naturaleza. Los tres siglos de industrialización que nos han precedido, han sido suficientes para subsumir los procesos naturales en los procesos sociales y viceversa, y han desencadenado una contradicción de dimensiones globales entre la naturaleza y la sociedad, cuya resolución implica una reformulación de todo el modelo civilizatorio y no solo de aspectos o dominios sectoriales (tecnológicos, energéticos, económicos, culturales, etc.). Hoy en día, afirma Beck (1998:89), "...la naturaleza ya no puede ser pensada sin la sociedad y la sociedad ya no puede ser pensada sin la naturaleza". "Las teorías sociales del siglo XIX (y también sus versiones modificadas en el siglo XX) pensaron la naturaleza esencialmente como algo dado, asignado, a someter; por tanto, como algo contrapuesto, extraño, como no sociedad. Estas suposiciones las ha suprimido el propio proceso de industrialización. A finales del siglo XX, la `naturaleza` no está ni dada ni asignada, sino que se ha convertido en un producto histórico, en el equipamiento interior del mundo civilizatorio destruido o amenazado en las condiciones naturales de su reproducción. En los albores del nuevo milenio, el termómetro de la crisis ecológica que cada vez más investigadores y centros académicos del mundo están observando y siguiendo, se encuentra muy cerca de la temperatura crítica, quizás no por encima de los 90oC pero tampoco por debajo de los ochenta. En efecto, por vez primera en la historia de la humanidad, existe una amenaza real de carácter global o planetario que se cierne sobre todos los miembros de la especie humana sin excepción. Se trata por supuesto de una "nueva contradicción" de carácter suprema: " El desarrollo tecno-industrial ha ido creando poco a poco una cierta oposición entre las fuerzas

productivas y las fuerzas de la naturaleza, una oposición que determinará de una manera decisiva, el desarrollo futuro del mundo. De esta forma, la oposición entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción ya no pueden ser consideradas como el único elemento fundamental del desarrollo histórico" (Skirbekk, 1974). Concluyendo: la revisión del panorama actual y su proyección hacia el futuro inmediato, revela que de no revertirse las actuales tendencias la humanidad habrá de enfrentar una situación de alto riesgo en las próximas dos o tres décadas. Contribuyen a fundamentar este escenario dos hechos: la hipótesis cada vez más aceptada de que el planeta constituye un sistema en un delicado equilibrio del cual forman parte la atmósfera, los océanos, los continentes y por supuesto todo el conjunto de seres vivos que integran la trama vital (la llamada Teoría del Gaia; véase Lovelock, 1990) y la expectativa de que bajo los actuales patrones de uso de los recursos, la población humana actual, la cual alcanzaría hacia el año 2020 los 8 mil millones de habitantes, no puede lograr los niveles de bienestar de un ciudadano medio de los países industriales sin afectar severamente el equilibrio físico-biológico del planeta. En esta perspectiva debe recordarse que durante las últimas cinco décadas, la población humana duplicó su número (hasta alcanzar en octubre de 1999 los 6 mil millones) y que la economía mundial se expandió cinco veces! Es decir, existe una inercia expansiva, que día con día incrementa no solo las injusticias sociales sino que agrega más presión sobre el soporte físico-biológico planetario.

La conciencia de especie.

Todos estos eventos, han ido paulatinamente generando en el individuo contemporáneo la idea de pertenencia a una categoría superior, y en cierta forma suprema en tanto que meta-social y supra-histórica: la de especie. La cabal adquisición de este estado de conciencia conforma un hecho contradictorio. Por un lado, involucra un retorno a la situación primigenia en la que los seres humanos, todavía social y culturalmente indiferenciados, desprovistos aun de lenguaje, solo lograban distinguirse del resto de los organismos vivos por sus

rasgos biológicos. Por el otro conforma un verdadero alumbramiento, en tanto que, por vez primera, los seres humanos se encuentran e identifican con su generalidad, más allá de sus particularidades de nacionalidad, clase, raza, religión, cultura e ideología. Este fenómeno, está surgiendo como consecuencia tanto de los procesos de globalización de lo humano, como de la amenaza, consecuencia contradictoria de lo anterior, que se cierne a través de la crisis ecológica del planeta. En ambos casos, una nueva concepción no religiosa ni mitológica de la naturaleza y en general del universo, opera como el espejo frente al cual logra erigirse la nueva identidad de especie. En esta perspectiva, el quiebre total del antropocentrismo se vuelve ineludible: La especie humana no solo es una parte más del cosmos, sino que no es ni el centro del universo ni la culminación del proceso de evolución cósmica. Por ello, los seres humanos están obligados a mantener el delicado equilibrio del ecosistema planetario, en un acto de solidaridad con su entorno, es decir, con todas las cosas vivas y no vivas, puesto que formamos parte de una inmensa comunidad cósmica y planetaria. Para utilizar las palabras de Boff (1996): "...todos somos interdependientes, tenemos el mismo origen y el mismo destino...; "...de tal forma que cada uno vive por el otro, para el otro y con el otro". Esta nueva conciencia de especie es quizás, uno de los más inusitados fenómenos de la post-modernidad. El individuo, aparentemente diluido en el mar de la masificación urbana, recupera de nuevo una idea de identidad o pertenencia a una entidad mayor. Esta conciencia post-moderna restituye, en una nueva dimensión espacial, los viejos atributos de la antigua conciencia comunitaria pre-moderna. La nueva percepción que surge del carácter global de lo humano así como de los límites bio-físicos, hoy transgredidos, del planeta conducen a repensarlo todo, no solo en términos de lo que concretamente se hace, sino de lo que se hizo y de lo que se hará, rescatando de paso el invisible nudo del espacio y del tiempo.

La ética planetaria

A la percepción anterior debe sumarse, por consecuencia, una legítima preocupación del individuo por la permanencia de su identidad general: la especie humana. El núcleo central de esta preocupación meta-individual, es decir, genérica, es sin duda la certeza de que por primera vez en la historia se vive un período crucial donde lo que está en juego, es nada menos que la supervivencia de la especie humana y de todo el hábitat planetario. Este reconocimiento, que surge del panorama revelado por la exploración científica del ecosistema planetario, envía de inmediato a un segundo plano todas aquellas cuestiones que bajo el "ojo normal" aparecían como sustanciales y sitúa el dilema entre supervivencia o extinción en el centro de todas las cosas. Esta "...conciencia de la crisis ecológica es a la humanidad como especie, lo que la conciencia de la muerte es al `ser ahí` en cuanto `ser ahí`..." afirma Garrido-Peña (1996), para continuar señalando que "...desde la crisis ecológica la humanidad es plenamente una especie mortal, porque ya sabe que puede morir".

Este vivir (y convivir) con un peligro latente y creciente, con una amenaza de magnitud global, tiene profundas consecuencias en todos los órdenes de la vida social, pero especialmente (como veremos), en la política. En tanto la amenaza va subiendo los peldaños en la escala del riesgo, toda decisión no importa su amplitud geográfica o su relevancia social, se va encuadrando cada vez más dentro de este juego supremo entre la supervivencia y la extinción. En última instancia, las decisiones que hoy se tomen terminarán derivando en acciones que mueven la balanza hacia alguno de los dos lados: o desactivan realmente los mecanismos que contribuyen a agudizar las amenazas sobre la supervivencia, o se convierten, no obstante su aparente carácter de "soluciones", en meros paliativos que resuelven temporalmente las situaciones de crisis, pero que en el fondo y en el mediano plazo coadyuvan a acelerarlo. Esta nueva situación, inédita por sus consecuencias e implicaciones, se encuentra por supuesto determinada por la integración de las acciones humanas (económicas, sociales, informativas,

etc.), en el espacio planetario, es decir, es una de las tantas nuevas consecuencias del proceso globalizador.

El resultado de todo lo anterior es, finalmente, el advenimiento de una nueva ética planetaria, en la que la conciencia de especie genera formas de solidaridad (con el resto de los seres humanos, con el resto de seres vivos y con el resto de los componentes del universo) que trascienden el individualismo, que es por cierto el rasgo conductual sobre el que se erige y legitima la civilización industrial. Esta nueva ética fundada en la solidaridad, es sobre el plano de la política, un mecanismo crucial para la edificación de una sociedad sostenible.

La nueva ética planetaria no solo implica una cierta solidaridad con la naturaleza, sino que es también co-específica (es decir con el resto de los miembros del propio conglomerado biológico: la especie humana) y trans-generacional (los futuros miembros de ese conglomerado). La idea de que el planeta (el resto de los organismos vivos y el ambiente) en que vivimos nos ha sido legado en sus condiciones actuales por las generaciones del pasado, situación que habremos de heredar a las generaciones venideras, constituye una nueva concepción que viene a corroborar tangiblemente la existencia de un torrente histórico.

La sociedad sustentable: la búsqueda de una modernidad alternativa

La remodelación civilizatoria necesaria para remontar esta situación de crisis, esta contradicción socio-ecológica de carácter global, ya ha comenzado y se manifiesta de manera incipiente aquí y allá a través de enclaves todavía minoritarios, particulares y aislados de la sociedad humana.

Como una opción radicalmente diferente, pero a la altura de las circunstancias actuales, el nuevo paradigma de la sustentabilidad se erige sobre la tesis de que el imponente desarrollo del modelo industrial constituye una modernización incompleta (y en muchos casos perversa), a partir de la cual es necesario construir una "segunda modernización" que Beck (op. cit.) llama modernidad reflexiva,

Bonfil (1991) proyecto civilizatorio alternativo y Echeverría (1995) y el autor de estas líneas modernidad alternativa (Toledo, 1992; 2000). Esta "post-modernización", para utilizar un término quizás más apropiado, nace esencialmente como una reacción de emergencia frente a aquello que amenaza la supervivencia de la especie y su planeta, es decir busca antes que todo la desactivación de la crisis ecológica que, por lo anteriormente señalado, es al mismo tiempo y antes que todo una crisis social.

En uno de los ensayos más lúcidos sobre el tema, R. Olmedo (1985) contribuyó a entender este fenómeno al develar las relaciones profundas entre ecología y política: "Siendo la ruptura una pérdida de control y de dominio de la sociedad sobre su naturaleza podemos entender que la depredación es el efecto de la política en su sentido más amplio. Por ello, la ecología es siempre política..., "...el proceso de centralización despojó a las comunidades locales de su capacidad de gestión y de decisión, la industrialización de un capitalismo salvaje no encontró obstáculos para depredar y contaminar..."...si la depredación de la naturaleza es el resultado de la desorganización de la sociedad, de la pérdida de solidaridad social, del triunfo de los valores individualistas sobre los valores de la comunidad, del debilitamiento de la voluntad para oponerse a las fuerzas depredadoras de la economía, entonces la política ecológica debe dirigirse hacia la reorganización de la sociedad, pues la organización es fuente de poder.

La somatización de la militancia: del cuerpo humano al cuerpo planetario.

La primera diferencia política tácita entre un movimiento por la sociedad sustentable y el resto de los movimientos, iniciativas y partidos políticos existentes, es la naturaleza de sus militantes. Dotados de una cierta conciencia de especie, los militantes por la sociedad sustentable han adquirido una percepción novedosa del espacio (topoconciencia) que comienza con su propio cuerpo y termina reconociendo el cuerpo planetario, es decir, que tiene noción de los espacios en que habita (endosoma y exosoma). Ello le permite reconocer las diferentes escalas y sus procesos (familia, barrio o comunidad, región o ciudad, país, etc.) y

por lo tanto le hace partícipe de sus diferentes conexiones e implicaciones. Esta percepción del espacio, desde lo individual hasta lo global, lo lleva a considerar y a reconocer la necesidad del equilibrio (la relación armónica entre el todo y sus partes) en los diferentes niveles. Se comienza identificando la necesidad del equilibrio en el propio cuerpo (endosoma), resultado de la función armoniosa entre los diferentes órganos y sistemas, y se termina, por consecuencia, entendiendo la necesidad del equilibrio en el cuerpo planetario (el ecosistema global), del cual forma parte (exosoma). Ello facilita la comprensión de muchos fenómenos que continúan ausentes del ideario del militante político convencional: las relaciones entre los procesos naturales y sociales a diferentes escalas, los roles jugados por los diferentes sectores de la sociedad en relación al espacio o al territorio, la emergencia de los escenarios espaciales como contextos para la lucha social y política.

Corroborando lo anterior, en las últimas décadas han aparecido iniciativas novedosas en las que los diferentes actores sociales (productores y comunidades locales, agencias gubernamentales, ONG's, científicos y técnicos, empresarios, iglesia, etc.) de una localidad, una microrregión, una región determinada o un país por entero, logran consensos antes inimaginables teniendo como eje o matriz el respeto por los procesos, elementos o dinámicas de un territorio o espacio concreto. Estos consensos de carácter dual, es decir, ecológicos y sociales (o socio-naturales) contienen elementos originales y de gran importancia. La aparición de estos movimientos de nuevo cuño, surgen durante la construcción o el reconocimiento en el imaginario colectivo, de una cierta pertenencia a un espacio funcionalmente articulado que también es común: un territorio comunitario, una región, una cuenca hidrológica, un país y, por consecuencia, el planeta mismo. Los actores sociales se identifican entonces como meras piezas o elementos de una totalidad espacial que los enmarca y los afecta. Y esta nueva percepción, que es también una nueva conciencia tiene expresiones en el campo de lo político, lo ético y lo espiritual.

Tres tipos de solidaridad

Como resultado de lo anterior, se crean las condiciones para que los actores sociales se dispongan a negociar y a buscar consensos, superando esa visión estrecha que los mantenía sin la capacidad para el diálogo, la negociación y el trabajo en conjunto. En esta nueva perspectiva, las muy frecuentes posiciones radicales o basadas en ideologías particularizadas se ven superadas por una visión más amplia y flexible. De lo anterior surgen ejemplos innovadores de militancia alrededor de tres principales tipos de solidaridad: la solidaridad espacial (cuando los habitantes de una cuenca o una cierta región logran trascender sus intereses individuales o particulares para sumarse a un esfuerzo que afecta a todos los habitantes de ese espacio: aquí se ubica el llamado bio-regionalismo), la solidaridad productiva (cuando productores, transformadores y consumidores de un cierto bien o servicio se articulan en un proyecto de producción ecológica u orgánica o de comercio justo), y la solidaridad epistemológica (cuando por ejemplo la iglesia, científicos, ONG's partidos políticos e indígenas participan en un proyecto común) . En suma, se trata de una praxis política que es en el fondo un nuevo pacto por la vida, es decir, una rearticulación de los actores sociales y de estos con, dentro y por la naturaleza.

Del poder de la conciencia a la conciencia de (l) poder

Desde la nueva perspectiva dibujada en los apartados anteriores, la construcción de un movimiento político por una sociedad sustentable, está relacionada con un poner en acción a todos esos individuos que han adquirido una nueva conciencia de especie y que se encuentran ya dotados de una nueva ética de solidaridad con su semejantes, los seres vivos, los elementos del entorno y con el planeta por entero. Aquí habría que señalar que en los nuevos movimientos por la sociedad sustentable, la actividad política se confunde con la vida social, es decir, la militancia política no se concibe ni se practica separada de la vida cotidiana. Lo mismo se trabaja por el cuerpo (salud, alimentación, equilibrio entre mente,

espíritu y corporeidad), que por el equilibrio de la familia (vivienda, economía del agua, reciclaje de la basura, uso de energías renovables) o la armonía comunitaria o barrial, que se lucha por la región, los seres vivos o la salud del ecosistema planetario. La militancia se expresa entonces en todos los ámbitos revelados por la topo-conciencia. La política es antes que todo una “filosofía por la vida” derivada del poder de una conciencia. Por ello, los seguidores, explícitos o no, de esta corriente son esencialmente militantes de movimientos sociales (con los casos excepcionales de los partidos verdes europeos) que más que vivir con la idea de tomar el poder, se dedican a construirlo.

El punto nodal es entonces como pasar del poder de la conciencia a la conciencia de (l) poder. Un asunto que permanece aun sin respuesta, y que debe revisarse en función de las experiencias ya existentes (por ejemplo la construcción de una sociedad sustentable en el estado de Río Grande do Sul en Brasil, donde el triunfo del partido de los trabajadores se conjuga con los movimientos sociales ecologistas, los de las familias rurales sin tierra y otros mas). Es decir, se debe pasar de una situación que moviliza contingentes limitados y aislados de seres humanos (los movimientos sociales) a un nuevo momento (menos ingenuo políticamente) en el que se plantee la toma del poder político mediante la participación por las vías existentes de democracia de partidos. Momento en el cual acabe por consolidarse una nueva filosofía política buscadora de un nuevo modelo civilizatorio, es decir, de una modernidad alternativa.

LA SOCIEDAD SUSTENTABLE: UNA FILOSOFIA POLITICA PARA EL NUEVO MILENIO

Víctor M. Toledo

LA CONCIENCIA DE ESPECIE

Todos estos eventos, han ido paulatinamente generando en el individuo contemporáneo la idea de pertenencia a una categoría superior, y en cierta forma suprema en tanto que meta-social y supra-histórica: la de especie. La cabal adquisición de este estado de conciencia conforma un hecho contradictorio. Por un lado, involucra un retorno a la situación primigenia en la que los seres humanos, todavía social y culturalmente indiferenciados, desprovistos aun de lenguaje, solo lograban distinguirse del resto de los organismos vivos por sus rasgos biológicos. Por el otro conforma un verdadero alumbramiento, en tanto que, por vez primera, los seres humanos se encuentran e identifican con su generalidad, más allá de sus particularidades de nacionalidad, clase, raza, religión, cultura e ideología. Este fenómeno, está surgiendo como consecuencia tanto de los procesos de globalización de lo humano, como de la amenaza, consecuencia contradictoria de lo anterior, que se cierne a través de la crisis ecológica del planeta. En ambos casos, una nueva concepción no religiosa ni mitológica de la naturaleza y en general del universo, opera como el espejo frente al cual logra erigirse la nueva identidad de especie. En esta perspectiva, el quiebre total del antropocentrismo se vuelve ineludible: La especie humana no solo es una parte más del cosmos, sino que no es ni el centro del universo ni la culminación del proceso de evolución cósmica. Por ello, los seres humanos están obligados a mantener el delicado equilibrio del ecosistema planetario, en un acto de solidaridad con su entorno, es decir, con todas las cosas vivas y no vivas, puesto que formamos parte de una inmensa comunidad cósmica y planetaria. Para utilizar las palabras de Boff (1996): "...todos somos interdependientes, tenemos el mismo origen y el mismo destino...; "...de tal forma que cada uno vive por el otro, para el

otro y con el otro". Esta nueva conciencia de especie es quizás, uno de los más inusitados fenómenos de la post-modernidad. El individuo, aparentemente diluido en el mar de la masificación urbana, recupera de nuevo una idea de identidad o pertenencia a una entidad mayor. Esta conciencia post-moderna restituye, en una nueva dimensión espacial, los viejos atributos de la antigua conciencia comunitaria pre-moderna. La nueva percepción que surge del carácter global de lo humano así como de los límites bio-físicos, hoy transgredidos, del planeta conducen a repensarlo todo, no solo en términos de lo que concretamente se hace, sino de lo que se hizo y de lo que se hará, rescatando de paso el invisible nudo del espacio y del tiempo.

LA ÉTICA PLANETARIA

A la percepción anterior debe sumarse, por consecuencia, una legítima preocupación del individuo por la permanencia de su identidad general: la especie humana. El núcleo central de esta preocupación meta-individual, es decir, genérica, es sin duda la certeza de que por primera vez en la historia se vive un período crucial donde lo que está en juego, es nada menos que la supervivencia de la especie humana y de todo el hábitat planetario. Este reconocimiento, que surge del panorama revelado por la exploración científica del ecosistema planetario, envía de inmediato a un segundo plano todas aquellas cuestiones que bajo el "ojo normal" aparecían como sustanciales y sitúa el dilema entre supervivencia o extinción en el centro de todas las cosas. Esta "...conciencia de la crisis ecológica es a la humanidad como especie, lo que la conciencia de la muerte es al `ser ahí` en cuanto `ser ahí`..." afirma Garrido-Peña (1996), para continuar señalando que "...desde la crisis ecológica la humanidad es plenamente una especie mortal, porque ya sabe que puede morir". Este vivir (y convivir) con un peligro latente y creciente, con una amenaza de magnitud global, tiene profundas consecuencias en todos los órdenes de la vida social, pero especialmente (como veremos), en la política. En tanto la amenaza va subiendo los peldaños en la escala del riesgo, toda decisión no importa su amplitud geográfica o su relevancia social, se va encuadrando cada vez más dentro de este juego supremo entre la

supervivencia y la extinción. En última instancia, las decisiones que hoy se tomen terminarán derivando en acciones que mueven la balanza hacia alguno de los dos lados: o desactivan realmente los mecanismos que contribuyen a agudizar las amenazas sobre la supervivencia, o se convierten, no obstante su aparente carácter de "soluciones", en meros paliativos que resuelven temporalmente las situaciones de crisis, pero que en el fondo y en el mediano plazo coadyuvan a acelerarlo. Esta nueva situación, inédita por sus consecuencias e implicaciones, se encuentra por supuesto determinada por la integración de las acciones humanas (económicas, sociales, informativas, etc.), en el espacio planetario, es decir, es una de las tantas nuevas consecuencias del proceso globalizador. El resultado de todo lo anterior es, finalmente, el advenimiento de una nueva ética planetaria, en la que la conciencia de especie genera formas de solidaridad (con el resto de los seres humanos, con el resto de seres vivos y con el resto de los componentes del universo) que trascienden el individualismo, que es por cierto el rasgo conductual sobre el que se erige y legitima la civilización industrial. Esta nueva ética fundada en la solidaridad, es sobre el plano de la política, un mecanismo crucial para la edificación de una sociedad sostenible. La nueva ética planetaria no solo implica una cierta solidaridad con la naturaleza, sino que es también co-específica (es decir con el resto de los miembros del propio conglomerado biológico: la especie humana) y trans-generacional (los futuros miembros de ese conglomerado). La idea de que el planeta (el resto de los organismos vivos y el ambiente) en que vivimos nos ha sido legado en sus condiciones actuales por las generaciones del pasado, situación que habremos de heredar a las generaciones venideras, constituye una nueva concepción que viene a corroborar tangiblemente la existencia de un torrente histórico.

LA SOCIEDAD SUSTENTABLE: LA BUSQUEDA DE UNA MODERNIDAD ALTERNATIVA

La remodelación civilizatoria necesaria para remontar esta situación de crisis, esta contradicción socio-ecológica de carácter global, ya ha comenzado y se manifiesta de manera incipiente aquí y allá a través de enclaves todavía minoritarios,

particulares y aislados de la sociedad humana. Como una opción radicalmente diferente, pero a la altura de las circunstancias actuales, el nuevo paradigma de la sustentabilidad se erige sobre la tesis de que el imponente desarrollo del modelo industrial constituye una modernización incompleta (y en muchos casos perversa), a partir de la cual es necesario construir una "segunda modernización" que Beck (op. cit.) llama modernidad reflexiva, Bonfil (1991) proyecto civilizatorio alternativo y Echeverría (1995) y el autor de estas líneas modernidad alternativa (Toledo, 1992; 2000). Esta "post-modernización", para utilizar un término quizás más apropiado, nace esencialmente como una reacción de emergencia frente a aquello que amenaza la supervivencia de la especie y su planeta, es decir busca antes que todo la desactivación de la crisis ecológica que, por lo anteriormente señalado, es al mismo tiempo y antes que todo una crisis social. En uno de los ensayos más lúcidos sobre el tema, R. Olmedo (1985) contribuyó a entender este fenómeno al develar las relaciones profundas entre ecología y política: "Siendo la ruptura una pérdida de control y de dominio de la sociedad sobre su naturaleza podemos entender que la depredación es el efecto de la política en su sentido más amplio. Por ello, la ecología es siempre política..., "...el proceso de centralización despojó a las comunidades locales de su capacidad de gestión y de decisión, la industrialización de un capitalismo salvaje no encontró obstáculos para depredar y contaminar..."...si la depredación de la naturaleza es el resultado de la desorganización de la sociedad, de la pérdida de solidaridad social, del triunfo de los valores individualistas sobre los valores de la comunidad, del debilitamiento de la voluntad para oponerse a las fuerzas depredadoras de la economía, entonces la política ecológica debe dirigirse hacia la reorganización de la sociedad, pues la organización es fuente de poder"